

S. P. D. ALEMANA-P. S. O. E.

Por José María CARRASCAL

REVELA inconsistencia desear una democracia efectiva para España y asustarse del alto número de votos obtenido por los socialistas. ¿No habíamos quedado en que lo que necesitaba España eran partidos amplios? ¿No era incluso el sueño del Gobierno ver surgir en la izquierda un socialismo robusto y dinámico? Pues ahí está. Y con él, la base de esa democracia bipartidista por la que todos suspirábamos.

En la democracia, la oposición es tan importante como el Gobierno, por la sencilla razón de que puede ser Gobierno en cualquier momento. El Centro-derecha de Suárez ya tiene un interlocutor válido en potencia y en diferencias. Porque nadie supondría que la izquierda está inventada hace mucho tiempo, y en ella sólo caben socialismo y comunismo. Eljase.

Claro que podría objetarse: ¿no resulta peligroso un partido marxista tan fuerte para una democracia recién nacida? A lo que podría responderse: el ejemplo alemán no lo confirma.

HAY una serie de interesantes similitudes entre cómo se estructuró la democracia en Alemania occidental y cómo empieza a estructurarse en España. El arranque es otro —una guerra perdida allí, la voluntad de los españoles aquí—, pero el objetivo es el mismo: convertir una dictadura en democracia. El paralelismo de esta primera etapa llega incluso a nombres y cifras: La cristianodemocracia alemana surge de una coalición completamente nueva, aunque acoge «n su seno a personalidades del viejo régimen. Curiosamente, su nombre original es Unión Cristiano Demócrata, esto es, las mismas siglas que la Unión de Centro Democrático. Frente a ella, los socialistas constituyen el Partido más viejo del país, con la mayoría de sus líderes procedentes de la cárcel o el exilio. En las primeras elecciones, sin embargo, las de 1949, triunfa aquélla, aunque por escasísimo margen: 31 por 100, para la C. D. U.; 29,2 por 100, para la S. P. D. Siguen los liberales, con un 11,9; los comunistas, con un 5,9, y el Deutsche Partei, formado por conservadores nacionalistas, con el 4.

Con los dos grandes partidos ya dibujados la República Federal Alemana inicia su existencia cargada de hipotecas: una Constitución por redactar, el problema de los «Laenders» o países naturales, la economía en ruinas y la nación rota por la mitad. Para resolverlo, la C. D. U. elige una política inequívocamente prooccidental y de economía de mercado, mientras la S. P. D. se mantiene fiel a sus principios nacionalizadores y pacifistas. Es la etapa de Kurt Schumacher, un hombre honesto e idealista, que desconfía de Bruselas, donde va sólo un club capitalista, y se opone a la entrada de su país en la Alianza Atlántica. Pero el país no le sigue. Mientras la cristianodemocracia, a hombres del milagro económico y la alianza con el oeste amplía su base, la socialdemocracia se estanca. Las cifras son más elocuentes que las palabras: elecciones de 1953: C. D. U., 45,2 por 100; S. P. D., 28,8. En las del 57, la diferencia es aún más clara: C. D. U., 50,2; S. P. D., 31,8.

ANTE tal tendencia, los socialistas alemanes practican lo que Herbert Wehner llamaba un «Tiefgehende selfpruefung», un profundo autoanálisis. Es un proceso largo, difícil, doloroso, que erróneamente se ha presentado como un cambio de la no-

che a la mañana. No. Antes tiene que morir Schumacher; en el 52 tiene que asumir el liderazgo del partido a que el político tan humano que era Ollenhauer; tiene que sobrevenir el vuelco personal de Wehner; tiene, sobre todo, que pasar a primera fila la inteligencia excepcional, exacta, brillante, de Erler. Erler es el hombre que ve dónde hay que ganar votos: no en la izquierda, sino en el centro, en esa anchísima clase media que el «Wirtschaftswunder» ha creado. Y tras muchas frustraciones electorales, tras verse convertidos en los eternos segundos, tras interminables discusiones a todos los niveles, el proceso se realiza. El historiador Alfred Grosser lo describe así: «Poco a poco, la socialdemocracia alemana habla más de reforma que de revolución, de adecuar las estructuras que de lucha de clases, de economía social que de nacionalizaciones.» Y es en el Congreso de Bad Godesberg, en 1959, cuando de forma oficial la socialdemocracia deja de ser un «Klassenpartei», un partido de clase, para convertirse en un «Volkspartei», en un partido del pueblo, de todas las clases sociales.

Con ello reinicia su expansión, que le da, ya en el 61, dos millones de votos más, y le lleva luego a formar coalición con la C. D. U. y a gobernar desde 1972 sin ella.

Repito que no hay garantías de que el proceso alemán hacia la democracia se repita en España. Hay tantas semejanzas como diferencias. Pero tampoco es mal ejercicio recordarlo. Tanto para los socialistas como para los que se han asustado por sus votos.—J. M. C.